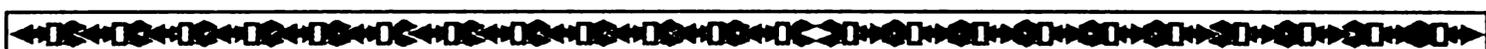

LA MAGIA DE LA LLANURA Y LAS AGUAS

Martha Giraldo Alayza



«TODO ES GRANDE ALLÍ. En las pampas cubiertas de pajonales discurren millares de ovejas como nubes... Hasta en sus calamidades es grandiosa la meseta... De pronto toda la naturaleza se nubla, el rayo surge seguido del retumbante trueno. Todo tiembla de espanto... Los relámpagos iluminan como teas perennes y el granizo resuena con estrépito en todos los flancos de los cerros... Pero en seguida, en un instante, en un segundo, todo calla, cesa el rayo y el granizo; se hace un gran silencio en la naturaleza y un boquete en las nubes deja filtrar el sol alegre y vivificante... En invierno los cerros parecen paletas de pintor. La tierra desgarrada tiene un color ocre... Los pajonales amarillos, pálidos y helados se doblan gimiendo al ímpetu del vendaval... Otros ojos que han visto la meseta del Titicaca en antiguos, no han descubierto bellezas en nuestra naturaleza... Sin embargo, Raimondi se llenó de sorpresa al ver los cambiantes de la naturaleza andina de esta región. «Después de seis meses de ausencia de Puno, hallé sus inmediaciones enteramente cambiadas. Había pasado la estación seca con sus fuertes heladas... y la estación de aguas, mucho más templada, había producido una mudanza total;

MARTHA GIRALDO ALAYZA

los terrenos que había dejado (...) enteramente desnudos (...) se habían cubierto de variados colores, debido a los cultivos de papa, cebada, quinua, izaño; en los llanos sin cultivo había crecido abundante gramínea que servía de nutritivo pasto para el ganado; y los pedregales se hallaban esmaltados de flores»¹.

Hemos escogido esta especial descripción porque, hasta hoy, las almas y los ojos acuciosos que ven y sienten más allá de la aparente monotonía geográfica y extendida pobreza coinciden con lo que Emilio Romero y Antonio Raimondi descubrieron: el incommovible e irreplicable paisaje altiplánico.

Quienes año a año eligen el altiplano como uno de los puntos turísticos de su viaje al Perú saben por qué lo hacen. Este territorio es un destino único en el mundo, que ofrece, en un área de 72,382 km², cinco espacios geográficos que, juntos, conforman uno de los 83 ecosistemas con que cuenta el Perú.

El Titicaca en la parte central. Inmenso y profundo lago tropical de altitud, catalogado como uno de los más singulares y bellos del mundo. Centro generador de vida por su función termorreguladora que hace que, a casi 4,000 metros de altura, cerca del cielo, florezca la vida.

En las riberas del Titicaca, donde la aparente pobreza vegetal del altiplano peruano se transforma en tupida y colorida vegetación silvestre, entretejida con parcelas y andenes laboriosamente trabajados, donde la actividad agropecuaria tiene buenos niveles de productividad, entre totorales y roquedales, retoza y juguetea variada avifauna silvestre que complementa la economía de miles de empeñosas familias aimaras y quechuas.

Alrededor, la austera y dorada pampa, con miles de hectáreas cultivadas e inacabables pajonales de pastos naturales que sustentan la economía ganadera del departamento. Inmensidad de vientos y hombres, de memoria y cambio, de verdes y dorados que impresionan a quienes, desde otras latitudes, vienen y encuentran que los 4,000 metros de altura no son límite para el desarrollo de una vasta economía campesina y la pervivencia de una ancestral cultura andina.

¹ Emilio Romero Padilla, «La meseta del Titicaca», en *Geografía del Perú* (tomo IV), Biblioteca de Cultura Peruana Contemporánea, Lima, 1963.

LA MAGIA DE LA LLANURA Y LAS AGUAS

Luego de la pampa, los macizos de las cordilleras Occidental y Oriental, hábitat de comunidades ganaderas, predominantemente alpaqueras, quienes transcurren su vida en condiciones climáticas de dureza y aislamiento que, no obstante, han desarrollado peculiaridades culturales y sociales que las singularizan.

Y, finalmente, traspasando la cordillera Oriental, un vasto espacio que abruptamente se desliza desde valles y quebradas hacia la frondosa y húmeda selva puneña, que encierra riquezas y posibilidades aún escasamente incorporadas al desarrollo. Uno de sus muchos atractivos turísticos es la recién difundida y conocida «selva sin hombres»: Tambopata Candamo, cuyo nombre en lengua *ese'aja* es Bahuaja Sonene.

Esta cuenca cuenta con sol todo el año. Un verano lluvioso y soleado lleno de color y música, de flores y frutos. Un invierno con días soleados y cierto rigor en las noches, donde todo el paisaje se viste de un hermoso e impactante color dorado.

En este escenario natural, extenso y curativo, sobrecogedor y protector, germinó la cultura andina. El surgimiento de la vida está indeliblemente vinculado al lago. Las investigaciones arqueológicas y de etnohistoria así lo muestran. No nos vamos a extender en ello. Tan sólo dejar constancia de que todo el altiplano es un libro abierto para la investigación y el estudio de la historia preinca y colonial.

Debemos recordar, enseñar y nunca olvidar que este escenario es cuna del hombre andino y lugar de domesticación de tubérculos y granos andinos, así como de auquénidos, y donde descolló el arte y la fina habilidad de pulir piedras. 8,500 años a.C. habitaban estas riberas y planicies los hombres de la cultura viscachani, y sucesiva o paralelamente fueron pobladas por chipayas, pacajes, chirihuanos, uros, puquinas, pukaras, collas, tiahuanacotas y aimaras, de quienes heredamos lo que hasta hoy nos sorprende: la cultura agrícola a 4,000 metros sobre el nivel del mar.

Tanka-Tanka, Sillustani, Cutimbo, Pukara Anccocala, Merkemarka, Atani, Tiahuanaco, Paucarcolla y cientos de muros, andenes y *chullpas* desperdigados a lo largo y ancho de la meseta son algunos de los testimonios que quedan de pueblos, fortalezas y templos de ese pasado que poco conocemos.

MARTHA GIRALDO ALAYZA

Por décadas y aún ahora, la historia del Sur Andino pretendió reducirse a la presencia inca, como si la historia precolombina empezara y terminara con ella, desconociendo 20,000 años de desarrollo anterior, negando los aportes universales antes mencionados.

El legado colonial más importante es, sin duda, la introducción de variadas especies ganaderas y vegetales, sorprendentemente adaptadas y que son ahora componente principal de la riqueza productiva.

Junto a ello, un bello conjunto de iglesias dispersas a lo largo de toda la llanura, que son la delicia de turistas e investigadores de arquitectura colonial.

El lago, las numerosas lagunas y algunos ríos como el Coata, llave y Ramis ofrecen inmejorables condiciones para el deporte de aventura como el canotaje.

Lo imponente de la naturaleza de alta montaña, sumado a la amabilidad de un pueblo que trabaja e insiste en su desarrollo y que toca y baila con frecuencia, convierten la visita en una experiencia deslumbrante.

Pocos lugares elevados en el mundo albergan tan variada y nutritiva producción agrícola, ganadera y muchos recursos forestales, arqueológicos, monumentales, naturales y turísticos. Así, el altiplano peruano ofrece al viajero, caminante y navegante del mundo, múltiples opciones de actividades turísticas para hacer de la estadía una permanencia con ingredientes de intercambio cultural, arqueología, naturaleza pura, recreación, deporte, cultura, descanso y reflexión.

A las puertas del nuevo milenio, millones de hombres y mujeres buscan reencontrarse con la naturaleza, con las culturas que viven en armonía con ella, con las formas simples y sencillas de sobrevivir, dependiendo más de las fuerzas propias y de la generosidad de la Madre Tierra que del desarrollo tecnológico. Estamos frente a un milenio que pondrá especial interés en la naturaleza y en las culturas ancestrales del mundo.

Felizmente, está pasando el tiempo de visitar «ruinas» de un pasado glorioso que muchas veces obviaba el contacto y la relación con quienes heredaron la cultura y sabiduría de quienes legaron esos monumentos tan visitados.

LA MAGIA DE LA LLANURA Y LAS AGUAS

Si ésta es la tendencia que se avecina, el mundo andino será, sin duda, uno de los espacios más visitados. El altiplano entre ellos.

Ahora, si todo eso es cierto, ¿por qué el limitado desarrollo turístico, casi exclusivamente limitado a la ciudad de Puno, las islas de Uros y Taquile y Sillustani?

Aquí van algunas reflexiones en torno de ello.

DESDÉN POR EL ALTIPLANO

La sociedad puneña contemporánea conoce poco y de manera parcial las características de los espacios que habita y trabaja. Las personas que desde lejos miran, opinan y venden turísticamente Puno lo hacen con ignorancia, prejuicios e infundados temores.

Respecto del altiplano, es común escuchar sobre las «adversidades naturales» que impedirían y limitarían el desarrollo y bienestar de sus habitantes: sequías, inundaciones, lluvias, granizadas, frío, soroche, escasa vegetación, presencia mayoritaria de «indios» pobres e ignorantes... Todo ello, junto y revuelto, haría difícil la vida. Y, obviamente, si todo es malo, ¿por qué y para qué promover turísticamente Puno?

Los habitantes de la costa nos preguntan a los puneños: «¿Cómo pueden vivir en Puno si ahí uno se congela? La televisión dice que hay 12 grados bajo cero. Brrrr, ni hablar de pasar vacaciones allí, tal vez para jaranear en la Candelaria».

Y muchos de los puneños emigrantes hacia Arequipa, Tacna, Moquegua o Lima, para explicar su decisión, nos trasladan sus razones: «Aquí las posibilidades de desarrollo son limitadas, deseo para mis hijos un futuro mejor; el frío, el atraso, la pobreza...»

Vamos desgranando la validez de sólo esas dos afirmaciones.

A 4,000 metros de altura poco o nada se produce en cualquier lugar del mundo. La cuenca del Titicaca alberga vida debido a la presencia del lago. Esa particularidad y valor es lo que desean conocer quienes desde fuera vienen a Puno. Los ciudadanos del Primer Mundo se preguntan cómo es que un lago a 4,000 metros de altura no se congela.

MARTHA GIRALDO ALAYZA

¿No es emocionante, acaso, que las más bellas y coloridas variedades de rosas, dalias, margaritas, claveles y pensamientos florezcan en patios y jardines de pueblos y casas de Moho, Arapa, Juli, Chucuito y Conima? ¿Y que rojas guindas, tunas, granadillas, tumbos y manzanas maduren en Conima, Chucuito, Unicachi, Arapa, Suasi, Amantaní y Juli? ¿Que las doradas praderas azangarinas, melgarinas, lampeñas y huancaneñas alimenten ovinos, vacunos, camélidos, porcinos que hacen que en las mesas de Lima y Arequipa consuman esa sana carne puneña? ¿Y qué decir de los quesos, *tuntas*, chuños y saladitas chalonas? ¿Y las papas, que por tener sabor, aroma, textura y color sólo les falta hablar? ¿Los verdes y pequeños huertos de hortalizas de Chimu, Ojerani, Ichu, Ollaraya y Siale son expresión de una naturaleza fría e inhóspita? ¡No! No olvidemos las naranjas, mandarinas, piñas, papayas, paltas, chirimoyas, granadillas y café de los valles de Sandia y Carabaya.

¿Es esto pobreza? ¿Es esto páramo? ¿Es esto inhabitable?

¿A esta naturaleza de altura, prodigiosa y generosa, podemos exigirle más?

El problema tiene su origen en los propios puneños, que, históricamente, desde siempre, anhelan y aspiran a emigrar. Aquí se vive en la precariedad. Los proyectos de confort en la vivienda, por ejemplo, se concretan en Arequipa, Tacna... Los puneños no construyen en Puno, lo hacen fuera y, si construyen, lo hacen mal y feo. Aquí se vive de cualquier manera.

Si las casas son así, el conjunto, es decir, las ciudades y los pueblos también terminan siendo precarios, feos, descuidados. Nadie los siente suyos, porque anímicamente todos están dispuestos a abandonar el altiplano apenas las circunstancias lo permitan. Si a eso le añadimos la parafernalia de los proyectos estatales y los gobiernos locales por construir moles de fierro y concreto, llámense miradores, palacios y monumentos, que malogran los entornos rurales de pueblos y villorrios, tenemos un panorama desolador donde se deterioran los espacios urbanos del altiplano y el deseo de migrar se acentúa. Todo está feo y sucio, hay que irse a Arequipa, donde parece bonito y supuestamente es mejor.

Si los puneños no conocemos, no valoramos y no preservamos nuestro ecosistema, con sus heladas y lluvias, con sus *ichus* y cantutas, ¿cómo vamos a estar en condiciones de ofrecerlo al mundo?

LA MAGIA DE LA LLANURA Y LAS AGUAS

Y si un buen porcentaje de puneños siente esto, ¿qué esperar de quienes viven a nivel del mar, en una costa donde, a pesar de que no llueve, tienen el valle verde y productivo? Aterra pensar en el frío y el agua que cae del cielo, más si de rato en rato resuena un trueno. No hay conciencia de que si eso no cayera del cielo el valle sólo sería seco y desolado arenal. En nuestro caso, dorado pajonal.

El desdén es tal que un buen número de propietarios y personal de agencias mayoristas de Lima venden Puno entre sus paquetes turísticos porque las agencias extranjeras lo solicitan, no porque lo conozcan y lo promuevan. En una rápida encuesta, nos encontramos con que un 50% de quienes venden Sillustani, Uros y Taquile ni siquiera conocen la capital departamental.

Sólo la ignorancia y el desconocimiento hacen que a 4,000 metros se exijan temperaturas de 25 grados, flora exuberante y aguas tibias como las del Caribe. Por supuesto que hace frío, ¿qué esperan? Si el frío fuera una de las razones del atraso, ¿cómo explicar el desarrollo de las sociedades del hemisferio norte que tienen varios meses de temperaturas bajo cero?

El temido y terrorífico soroche no es patrimonio de los Andes, en cualquier montaña del mundo se presenta y se lo contrasta. No es límite para el desarrollo del turismo. Si lo fuera, ¿cómo explicarse la masiva práctica del montañismo?

En la base del escaso desarrollo turístico de Puno subyace este conjunto de elementos subjetivos que marcan las acciones y actitudes de los distintos elementos y sujetos componentes de la sociedad y que tienen su correlato en la actividad turística.

LAS BARRERAS QUE HAY QUE SUPERAR

La empresa turística puneña, aún pequeña, está entrampada en una práctica de competencia desleal, sin visión de conjunto y a espaldas de las tendencias del turismo en el mundo. Vive autoconstreñida y subordinada a las agencias limeñas, que muchas veces sólo les asignan la función de transporte y están lejos de ser promotoras del turismo, con algunas alentadoras y honrosas excepciones.

MARTHA GIRALDO ALAYZA

En la infraestructura hotelera se constata un mayor desarrollo, concentrado en Puno y no acompañado de ninguna otra acción que haga de la ciudad algo más que ciudad dormitorio.

Felizmente, con esfuerzo y desafiando grandes obstáculos, van surgiendo propuestas y proyectos integrales con componentes innovadores que abren el abanico a otros espacios, más allá de la deteriorada y fea ciudad de Puno: Llachón, Anapia, Chucuito, Suasi... por mencionar algunos.

No es casual que quienes desarrollan iniciativas turísticas innovadoras sean, en gran medida, empresarios no puneños que sí han vislumbrado potencialidades y posibilidades en el turismo.

Los gobiernos locales, sin excepción, han incorporado en sus discursos y planes la frase mágica: «Promover el desarrollo del turismo», pero sólo un par le han dado contenido y forma a la expresión. Nadie sabe qué ni cómo promover el turismo en sus zonas. Lo usual es encontrar listados inacabables de reales y supuestos recursos turísticos, pero ausencia clamorosa de propuestas y acciones para convertir eso en producto turístico. El MITINCI, PromPerú, la Universidad, Cenfotur, etc. tienen ahí una rica veta donde trabajar con creatividad y desafíos.

La inacción y desidia estatal en Puno es grave. No hay un plan de desarrollo que supere el clásico listado de recursos y circuitos. A la ausencia de promoción creativa y motivadora se suma la deficitaria infraestructura vial, el pésimo servicio aéreo y ferroviario, y la ausencia de servicios integrales en pueblos y villorrios, aeropuertos y oficinas que son congeladoras. Ningún esfuerzo médico que contrarreste el soroche (hay que comprar Sorochepil, pastilla boliviana).

Hay visiones, prácticas y conductas que el conjunto de la sociedad y el sector turismo tienen que superar:

- La falta de identidad con el espacio que habitamos. Identidad que supone interiorización de los valores del entorno, afecto, cuidado, compenetración, dignidad, preservación y orgullo. Ello no significa cerrar los ojos a los muchos y agobiantes problemas, las carencias, deterioros y distorsiones.

LA MAGIA DE LA LLANURA Y LAS AGUAS

- Erradicar la fórmula que muchos empresarios turísticos de la ciudad de Puno manejan: turismo = hotel + restos arqueológicos - contacto con lugareños.
- Diseñar e implementar una vigorosa corriente de difusión y promoción que combata la apatía y el desdén de las agencias mayoristas de Lima hacia Puno, que involucre y comprometa al Estado, los gobiernos locales, la empresa privada y la ciudadanía.
- Debe cesar inmediatamente la conducta de ciudadanía y gobiernos locales que ensucian y contaminan todo espacio imaginable, urbano y rural, con basura, orines, excretas y cuanta cosa inservible botan de casas, oficinas, mercados, buses, etc. Dotar de rellenos sanitarios a todas las poblaciones y comunidades.

TURISMO RURAL O AGROTURISMO: ALTERNATIVA PARA EL ALTIPLANO

La acogida, en el agroturismo o turismo rural, es parte de la actividad agrícola, ganadera, artesanal o pesquera. El campesino o poblador que acoge huéspedes tiene por objetivo enseñar su profesión y el medio ambiente: contacto con los animales, conocimiento de plantas y cultivos, de la artesanía, del ritmo de las estaciones y el clima. En ello radica la singularidad de su acogida. Ésta se efectúa con afán de intercambio y respeto mutuo.

El turismo rural es un factor de desarrollo local, mantiene la vida en el medio rural y propone comodidades y servicios acordes con el hábitat local. La acogida en una vivienda rural o una habitación acondicionada para ello permite al viajero descubrir la vida en el campo o el poblado: la tierras, las plantas, los animales, la lluvia, el sol, el viento... El contacto directo con la naturaleza y el efecto de las personas que viven y trabajan en su entorno es lo que los turistas del futuro buscarán.

Por ello, y tomando en cuenta las características de la sociedad altiplánica y toda la riqueza que ello encierra, vislumbramos ahora que estamos frente a la gran oportunidad: insertarnos ven-

MARTHA GIRALDO ALAYZA

tajosamente en los circuitos turísticos del mundo. Esta afirmación no significa, en modo alguno, que ello llegará solo y por arte de magia. No, todo lo contrario.

Nos exige una revisión de la trayectoria hasta hoy transitada, para enrumbarnos en la dirección correcta. Si no lo hacemos, tendremos que contentarnos con las migajas que otros nos dejan y que no alcanzarán para muchos.

Tenemos una ventaja, aquí la vida es rural. Nuestras ciudades son apenas un punto en la extensión de la meseta y no se explican ni se mantienen sino en una estrecha y umbilical relación con el campo, donde están nuestros recursos y productos turísticos. Entonces, ¿por qué no desarrollar una propuesta que abarque todo ello?

Hagamos por un momento algunos ejercicios de imaginación:

20 turistas naturalistas visitan el imponente cañón de Tinajani, guiados por un joven escolar de la zona. Luego de tomar fotos, caminar, contemplar, unos toman un humeante café en la casa hacienda ahí existente, otros prefieren una aromática infusión de muña en las casas de los comuneros de Queñuaccucho. Antes de enrumbar hacia Tarucani, dejan una aportación para la conservación de esta maravilla natural.

El vasto y espectacular bosque de puyas de Raimondi de Tarucani los deja gratamente sorprendidos. Un comunero responde las muchas preguntas. *Allcamaris*, perdices, ovejas son también objeto de su atención. Se despiden amablemente, no sin antes dejar algún dinero para el guardabosques de turno, dado que ahí los comuneros, de forma rotativa, fungen de guías.

De allí se trasladan hacia Umachiri. En el camino se detienen por breves minutos para contemplar muros y destruidas construcciones de algún antiguo poblado. Nadie sabe nada sobre él.

Llegando a Umachiri, pasan primeramente a almorzar un caliente y sabroso cordero asado (*cancacho*) acompañado de horneadas papas y una fría cerveza. Mientras degustan la comida, las autoridades los saludan y les desean una grata estadía y el guía adquiere los tiques de entrada al templo. La belleza de éste y la contemplación de cada uno de los cuadros de la vida de san Francisco les toma buena parte de la tarde. Finalmente, retornan a

LA MAGIA DE LA LLANURA Y LAS AGUAS

Ayaviri. Ellos habían llegado temprano de Pucará, donde habían pernoctado la noche anterior, luego de visitar Lampa y Sillustani.

Antes de ir a dormir, toman un relajante baño en las aguas termales del Pojpoquilla; abrigados y cansados, uno a uno son ubicados en las casas de hospedaje que amablemente los esperan. Al día siguiente se van a Cusco. En el camino visitarán dos de las más importantes granjas ganaderas del altiplano: San Antonio y Chuquibambilla; sin duda, muchos quesos serán consumidos.

En los tres días de estadía en el altiplano, han comprado artesanías, tejidos, chocolates, aguas, rollos de película, algunos libros, se han lustrado zapatos y muchos detalles más. Lo han pasado bien. Aquí han dejado dinero porque han comprado muchos servicios.

Nuestro segundo grupo arriba en avión desde Arequipa. En el aeropuerto toman un cómodo bus. Es verano y son tres de la tarde. El destino: Arapa.

Una travesía por la más grande y verde llanura del altiplano, convertida desde hace tres décadas en emporio forrajero: comunidades de los distritos de Samán, Taraco, Caminaca y Achaya son observadas con suma atención y alegría. Son incontables las cabezas de ganado que pastan y engordan alrededor de los irrepetibles *putucos* y las numerosas casas de adobe.

Hay charcos de agua por doquier, ha llovido fuerte por la mañana. En el momento la temperatura es agradable. Muchos se quedan en ligeros *polos*. La torre de adobe de la iglesia de Samán es objeto de curiosidad; a unos metros, la magnitud y volumen del río Ramis son apreciados desde un delgado, pero resistente, puente construido con rieles.

La carretera no anda muy bien. Algunos pasajeros se bambolean sorprendidos y otros aprovechan para relajarse y dar una *pestañeada*. De pronto, se anuncia que llegan a Arapa. Luego de la consabida infusión de coca y uno que otro café, pasan a ubicarse en una cómoda construcción parroquial.

Es el primer día, no hay que abusar. La mayoría descansa unas horas y luego, a la luz de una cálida chimenea, cenan ligeramente. Unos juegan cartas, otros conversan con el sacerdote y las religiosas y muchos otros con los jóvenes que estudian en un programa de albañilería promovido por la parroquia. Ellos mismos

MARTHA GIRALDO ALAYZA

conducen la propuesta turística y así financian el curso que les abre nuevos horizontes.

Muy de mañana visitan la iglesia, la plaza y los alrededores. Después del desayuno en el comedor de doña Juanita, se parte hacia Iscayapi; allí reciben una ilustrativa y detallada explicación sobre la crianza y transformación de truchas, saborean un succulento y nutritivo almuerzo: papas, ensalada, truchas en diversas presentaciones y postres a base de yogur, leche, miel de abeja, queso, etc.

Todo, absolutamente todo, es producido en esa hermosa y florida granja. Trucha ahumada, enlatada y miel de abeja son los productos que todos adquieren.

Una hora de caminata y luego rumbo a Putina: las casas de hospedaje, acondicionadas para la ocasión y de preferencia cerca de los baños termales, abren sus puertas y ofrecen variedad de infusiones de coca u otras plantas aromáticas del altiplano. Tienen ya los tiques de entrada para el disfrute del curativo baño. Sueño, mucho sueño. Todos duermen, casi nadie cena.

A la mañana, muy, pero muy temprano, los encontramos comiendo, como recuperando la cena obviada, todos animados.

Algunos tomaron ya otro baño madrugador y se aprestan a visitar el templo colonial, imponente como todos los de la zona. Artesanías adquiridas, muchas fotos para el recuerdo, compras varias y... rumbo a Huancané, para almorzar.

El próximo descanso será en Moho, pequeño y acogedor pueblo a las orillas del lago, donde sus habitantes tienen la delicada afición de cultivar las más bellas y variadas flores. Visitar esos jardines y saborear el delicioso pan casero horneado con leña anima a continuar el viaje.

Al atardecer, en numerosos botes artesanales a remo, hábilmente conducidos por los comuneros aimaras de Cambría, los viajeros navegan hacia Suasi, pequeña isla que ofrece un atractivo programa de naturaleza, cultura y sosiego.

Tres días en Suasi, gozando de las comodidades del albergue rural y las excepcionales vistas del lago. Unos descansaron todo el tiempo, otros remarón, escalarón, leyeron, pescaron, sembraron, etc. El segundo día visitaron Taquile. El tercero

LA MAGIA DE LA LLANURA Y LAS AGUAS

fueron a Conima y alrededores. Aprendieron mucho conversando con los agricultores y pescadores aimaras que los guiaron por la isla.

Al cuarto día llega un helicóptero que los trasladará a la ciudad de Puno. Se despiden emocionados. Ya no son turistas, son amigos, prometen recomendar el programa y algunos dicen que volverán.

Esto que hemos imaginado es lo que deseamos para Puno y sus gentes; que el turismo incorpore zonas hasta hoy dejadas a su suerte y que muchas personas, de las más variadas esferas sociales y productivas, se beneficien con esta actividad económica. En Puno se pueden diseñar decenas de programas como los descritos y que no exigen grandes transformaciones ni costosos proyectos.

Sin duda que las agencias rápidamente refutarán lo anterior, diciendo: «No hay hoteles que brinden servicios de calidad». Ésa es una verdad a medias.

¿No es acaso en las casas de pequeños pueblos, granjas, haciendas y colegios donde se cimienta la extraordinaria experiencia española de turismo rural?

Miremos lo que tenemos entre nosotros: Taquile. Esta isla, con sus modestas y chatas casas, es un ejemplo. Allí pernoctan cientos de turistas.

Alegarán también que las casas en España son distintas: cómodas, limpias, bonitas, con calefacción, agua caliente, desagüe, buena comida, vino, etc., y que otros cientos de turistas no duermen en Taquile porque hay suciedad, cama dura, pulgas, falta de agua, baño, etc.

Si, eso es cierto. Pero, ¿un turista europeo espera encontrar en una vivienda rural puneña lo que tiene una en España? No, definitivamente no. Él quiere ver cómo vivimos aquí, quiere constatar cómo se duerme a 4,000 metros sin calefacción, contando sólo, en todo caso, con una bolsa de agua caliente. Eso sí, exigirá, y está en todo el derecho de hacerlo, limpieza e higiene en la cama, el cuarto, la mesa, la vajilla, el patio... en el conjunto.

Un médico suizo, dedicado como pocos a desarrollar programas de salud preventiva en Carabaya, confesaba que se acostumbraba a todo: el frío, las caminatas, el chuño, la falta de recursos, pero lo que lo afectaba, lastimaba y le era insoportable era la suciedad de las personas y las casas.

MARTHA GIRALDO ALAYZA

La mayoría de las ciudades, pueblos y comunidades cuentan ahora con servicios de agua potable y luz, bastante menos con alcantarillado. De todas formas, esos servicios tendrían que facilitar un cambio paulatino en los hábitos y costumbres, que sería apuntalado con capacitación y motivación si se concretara la posibilidad de acoger huéspedes.

Hay algunas acciones que pueden ser realizables si contamos con el apoyo de municipios, policía y ciudadanía:

- Limpiar casas y pueblos no es imposible. Anapía es una novedosa experiencia. Allí se ha iniciado una singular práctica que va mostrando que con capacitación y motivación el problema de la suciedad se va reduciendo paulatinamente; exige persistencia.
- Otro problema que enfrentar: no atiborrar los omnibuses interprovinciales. Los turistas que podrían llegar a los más alejados pueblos se desaniman porque se asustan de la poca calidad del transporte público.
- No pretender ofrecer comida que no sabemos preparar. Ningún francés viene a Puno a comer lomo a lo *gordon blue* o un italiano a comer lasaña. Sirvamos lo que producimos y comemos, sólo tiene que estar elaborado con higiene y servido también en vajilla y ambiente limpios.

Tenemos que aprender, no copiar, de las experiencias desarrolladas en España, Francia, Costa Rica y Guatemala. Países donde el más pequeño recurso es convertido en un gran destino turístico.

Estas reflexiones son fruto y reconocimiento a quienes nos enseñaron a amar e identificarnos con nuestra tierra. Descubrir la *Monografía del departamento de Puno*, de Emilio Romero, leerla con avidez, encontrar en sus páginas toda la grandeza y dificultades que agobiaban a esa sociedad andina, nos hicieron mirar y comprometernos con ella.

Conversar personalmente con don Emilio y escucharlo recordar su infancia y juventud en Moho, Puno y Chucuito nos

LA MAGIA DE LA LLANURA Y LAS AGUAS

conmovieron, al punto de hacernos sentir privilegiados por ser puneños e hijos de un paisaje y una realidad que es intransferible.

De esas lecturas y de otras de puneños ilustres aprendimos muchas cosas. Saber, por ejemplo, que no se cuida, conserva ni preserva aquello que no se conoce; es decir, no es posible amar sin conocer. El altiplano y el Titicaca serán preservados en la medida en que sepa de su valor y su fragilidad.

El mito y la leyenda envuelven la relación de los hombres andinos con el lago. Eso que es identidad y cultura debe ir de la mano con prácticas de preservación y conservación que nos permitan a nosotros y a las generaciones del futuro poder seguir viviendo en esta pampa de altura.

Saber también que mestizos, aimaras y quechuas somos el contenido vivo de esa cultura y, por ello, la identidad andina no es de un solo rostro y color, contiene todas las sangres y todas las historias que nos han permitido llegar hasta el presente. Identidad no es sino historia y medio ambiente.

También por ello es indispensable conquistar identidad a partir de conocer nuestro ecosistema y nuestra cultura andina; es decir, reconocer nuestra casa grande, nuestro hogar común, nuestro pedacito de mundo, sus lenguas, costumbres, tradiciones, melodías y bailes, sus riberas circunlacustres, altipampas doradas, austeras punas y exuberante selva alta. Todo ello debe convertirse en vida armónica entre hombre y naturaleza, necesidad y satisfacción, usufructo y reserva, realización y utopía, y todo ello compartirlo con el mundo.